

bajar para que todos los hombres se salven, ¿qué premio podrá haber digno de tamaña empresa? ¿No se podrá aplicar á los valientes que á tan grande obra consagran su vida, y su salud, y sus fuerzas las palabras del Salmista: *Ego dixi Dii estis* (Ps. LXXXI): en verdad que sois acreedores al nombre de Dioses, porque sois colaboradores de todo un Dios, porque seguís de cerca sus pasos; porque os alimenta, y os nutre, y os sostiene el mismo deseo que á su Divina Majestad?

Tal es, Hermanos míos, el sacerdote cualquiera que sea la época en que el Señor lo ha llamado al santuario, ya sea á la de prima como á los Apóstoles que plantaron la Iglesia regándola con su sangre; ya sea á la de sexta ó á la de nona como á esos insignes ministros del Altísimo que, continuando la obra de los primeros Enviados, trajeron al Nuevo Mundo la semilla evangélica; ya sea á la hora undécima cuando la fé, próxima á extinguirse, necesita de nuevos operarios que reenciendan en los áridos pechos de los fieles el fuego del divino amor. En esta hora terrible es en la que ha tocado nacer á Jesucristo al sacerdote en quien hoy se fijan vuestros ojos, al verlo por primera vez armado del yelmo de salvación y de la coraza de la justicia, aparejado á combatir el buen combate, *bonum certamen*.

¡Ah! Si San Próspero llamaba en su tiempo á los sacerdotes, fundadores de la Iglesia de Cristo después de los Apóstoles, caudillos del pueblo fiel, predicadores de las celestiales verdades, falanges y campeones de las invisibles batallas, ¿qué no diremos á los que aspiran al sacro ministerio, en estos días de pena y amargura, en que si la Iglesia de Cristo no estuviese fundada sobre

inmovible cimiento ya hubiera caído bajo el rudo martillo de los cismáticos y herejes, de los incrédulos y filósofos, de los ateos é indiferentistas; ya hubiera volado por los aires minada por sus enemigos ocultos, que mientras más la persiguen más se empeñan en permanecer en su recinto?

¡Nuevo sacerdote! Aprende tu alta misión, conoce la grande empresa que has acometido; persuádate que al aspirar al sacerdocio has aspirado á una buena obra y hazte digno de tu sublime vocación. No soy yo quien te dirijo la palabra; es el mismo San Próspero quien habla por mis labios.

La Iglesia que Cristo adquirió con su sangre preciosa; la Iglesia que fundaron esos heroicos Apóstoles cuya voz resonó por todo el orbe; la Iglesia que millones de mártires afirmaron dando por ella su vida en medio de indecibles tormentos: esa Iglesia se encuentra amenazada; ya los hombres rehusan acogerse á su sacrosanto techo y las puertas del infierno desencadenan contra ella sus innumerables huestes. Nuevos fundadores necesita la Iglesia; nuevos sostenedores que, cada uno en la región que el Señor le asignare, levanten de nuevo las derruidas paredes, y apoyados en la inexpugnable roca que es la Sede de Pedro, reedifiquen los muros que los enemigos han logrado minar. Uno de esos fundadores escogidos por el Omnipotente para reedificar en nuestra patria las desmoronadas murallas de la Iglesia, eres tú, ministro del Altísimo.

¡Ay; que se necesita toda la fuerza de la Fé, toda la confianza en las promesas del Señor para responder á un llamamiento tan dulce cuanto tremendo! Aún que-

dan en otras partes algunos restos de la primitiva grandeza; pero aquí ¡oh dolor! casi no ha quedado piedra sobre piedra. Faltan obreros para reedificar lo caído, y los pocos que se resuelven á tan ardua labor son el blanco de los tiros no sólo de los enemigos jurados de Jesús, sino también de los que debieran ser nuestros amigos. ¡No hay que desmayar! que también el Verbo Encarnado fué el oprobio de los hombres, y no desdeñó ser mirado como el desecho de la plebe, por redimirnos. Su obra es la que te incumbe continuar; de él y por él y para él es tu misión sublime; no hay que flaquear hasta llevarla á cabo, no hay que vacilar hasta que la Iglesia aparezca de nuevo majestuosa y triunfante, como en sus días de mayor gloria y prosperidad. *Sacerdotes Ecclesiae fundatores.*

¿No ves cuál el pueblo fiel de Jesucristo es desgarrado por los lobos carniceros que vestidos con pieles de oveja, se han introducido en el rebaño para saciar más fácilmente su sed execrable de sangre? ¿No te comueve el ver que, para infinidad de nuestros compatriotas, es en vano el que un Dios haya encarnado; que vanas fueron sus fatigas, vanos sus dolores, vana su pasión, vana su muerte? Es porque le falta un caudillo, es porque no tiene quien lo conduzca al combate. Feliz el que escuchando la voz del Señor se constituye su jefe y lo guía valeroso á batallar contra los enemigos invisibles. Tal es el deber que te compete, sacerdote de Dios: *Fidelis populi duces, phalanges, praeliatores invisibilium praeliorum.*

Poderosas en verdad son las armas que el Señor ha puesto en manos de los sacerdotes. ¡Pueblo santo de

Dios! agrúpate con valor en derredor de tus caudillos, que ellos son los dispensadores de los divinos misterios. Ellos son, según la expresión de San Carlos Borromeo, los grandes é ínclitos instrumentos del Todopoderoso, y de ellos pende la salvación de los pueblos y naciones. Ellos son la pupila de los ojos de Dios; ellos son la boca de toda la Iglesia, que el Señor ha llenado del Espíritu de sabiduría y de entendimiento, como dice San Ambrosio. Así como la tercera persona de la Trinidad Beatísima es el depositario y tesorero de los dones y bienes espirituales, de igual manera el sacerdote ha sido constituido distribuidor de estos tesoros, según la doctrina del mismo santo Doctor. *Sacerdotis officium est Spiritus Sancti.*

¡Ah! poned la mano sobre vuestros corazones, y decidme si el aspirar á ser colaborador de Jesucristo, á secundar los fines del Eterno Padre, á ser vicario del divino Espíritu, no es en verdad una laudabilísima empresa? ¿No estáis convencidos de que el que desea subir las gradas del altar del Señor, desea una buena obra con respecto á Dios? ¡Apóstol de las Gentes! Cuán bien escribiste á tu predilecto discípulo: *Qui episcopatum desiderat, bonum opus desiderat.*

PARTE SEGUNDA.

¿Qué aspiración más noble que la de la propia santificación? ¿Qué empresa más grandiosa, que el levantarse sobre el nivel del resto de los mortales, y remontando el vuelo en alas de la Fé y de la virtud, alejarse de esta tierra inmunda, y sacudiendo de nuestras plantas el polvo que haya podido contaminarlas, elevarse por las regiones etéreas?

Tal es, Señores, el noble deseo del que con paso intrépido se acerca al altar. El aspirar al sacerdocio y el aspirar á la perfección es la misma cosa, y por eso el Apóstol lo recomienda á Timoteo, como una buena obra: *oportet Episcopum irreprehensibilem esse*. ¡Oh! exclama San Jerónimo al comentar este pasaje: casi es contra la naturaleza lo que exige el Apóstol; en una sola palabra comprende todas las virtudes, y ¿quién hay que viva sin pecado y sin reproche? El fulgor de las virtudes del que por la consagración que recibe en el sacerdocio es colocado sobre los demás hombres, añade el Crisóstomo, de-

be ser tan superior á todo el resto, como el brillo deslumbrador de los rayos del sol excede á la claridad de las pálidas estrellas.

Al escuchar tan terrible sentencia, no parece sino que todos debiéramos retraernos de aspirar á una dignidad que nos impone tan tremendas obligaciones. Y así es, en verdad, con el que no es escogido por Dios para formar parte de la eclesiástica Jerarquía. Pero el que es llamado cual Aarón á sacrificar sobre las aras la hostia de salud, vil y cobarde será si no responde al llamamiento. Vil y despreciable más que el desertor de un ejército será si por necios temores, ó por vulgares sentimientos, rehusa abrigar en su pecho las nobles aspiraciones que el Señor le inspira.

No así tú, joven ministro del Dios tres veces santo, que á la primera llamada has respondido como Samuel: aquí estoy, Señor, pronto á ejecutar tus mandatos; habla que tu siervo te escucha; aquí estoy, Señor, cuantas veces te dignares llamarme. *Ecce ego, Domine*. Así como la vez primera que se dignó pronunciar tu nombre y convidarte amoroso á penetrar en el *Sancta Sanctorum*, escuchaste fiel y obediente sus dulces palabras, presta ahora atento oído á las que, en estos solemnes momentos, te dirige por medio de su Apóstol San Pablo que es quien habla por mis indignos labios.

Oportet enim episcopum irreprehensibilem esse, unius uxoris virum, sobrium, prudentem, ornatum, pudicum, hospitalem, doctorem. (TIM. III, 2.) No sin razón tiembas á pesar tuyo, al escuchar la enumeración de tantos y tan terribles deberes. ¡Valor! que aunque débil en tí mismo todo lo puedes en Aquel que te ha impreso su indeleble

sello, y que habiéndote elegido caudillo de sus ejércitos te ayudará á llevar la carga que ha echado sobre tus hombros. *Omnia possum in eo qui me confortat.* (PHIL. IV, 13.) No te pese meditar en tus sagradas obligaciones, en estos instantes, en que te aprestas á hacer bajar por primera vez á tus manos al Dios de los ejércitos. Mayor será tu fervor y mayores los auxilios que alcanzas, mientras más exacto sea el conocimiento que tengas de las batallas que te esperan, de las terribles luchas que te aguardan.

Cualquiera que sea la misión á que el cielo te destina, una porción del rebaño de Cristo te será confiada, que de tí esperará que le suministres á la hora oportuna el alimento espiritual. Recuerda que á esta grey te debes desposar con vínculo indisoluble; que para ella deben ser tus pensamientos, tus palabras, tus acciones, que en ella sola debes colocar tu amor. *Unius uxoris virum.*

¡Ay del jefe que duerme en la víspera de la batalla! El caudillo que estima en algo su honor y la vida de sus soldados, ni de día ni de noche cierra sus ojos al sueño, sino que recorre á cada instante la extensión toda del campamento. No se entrega á la crápula ni á la embriaguez; no debilita su cuerpo con indignos desórdenes, porque la sobriedad es madre de la vigilancia, de la actividad y del valor. Mayor aún, dice San Juan Crisóstomo insistiendo sobre las palabras de San Pablo, mayor aún debe ser la vigilancia del pastor de las almas; *sobrium et vigilem.*

Pero, ¿qué harás si la prudencia no guía tus acciones, no modera tus pasos? No existe en toda la creación, dice San Gregorio Nazianzeno, un animal más grande, ni

más variado, ni que encierre bajo una misma especie mayor diversidad de caracteres, de inclinaciones, de costumbres que el hombre. La ciencia de las ciencias es saberlo gobernar con todo acierto.

Jamás, Señores, lo alcanzará un sacerdote en nuestro siglo sin el requisito que ya San Pablo exigía en su tiempo á los que emprendían tan sagrada carrera. *Oportet episcopum ornatum esse.* En sus costumbres, en sus acciones, en el vestir, en el andar, en el conversar, en el reir, es preciso que sea de tal manera su porte, que se cautive el respeto universal y la veneración de cuantos le tratan. Una de las razones, decía San Gregorio, porque el mundo desprecia á los iniciados en la clerical milicia, es por sus costumbres descompuestas, por su vida desarreglada, por su ligereza y su ignorancia. ¡Ah! Señores, jamás me atrevería yo á pronunciar estas palabras desde la cátedra de la verdad, si este santo Pontífice, Padre y Doctor de la Iglesia, no las hubiera proferido al explicar el Evangelio á los fieles desde la cumbre del Laterano. Pero sin recelo las repiten mis labios en medio de un concurso piadoso, y que en vez de despreciar á los ministros del Señor, se gloria en honrarlos cual merecen, no habiendo visto en nuestro clero sino buenos ejemplos, habiendo siempre admirado su compostura y su celo, su avidez por saber y su vida intachable. Tal se ha mostrado el joven levita que ahora asciende al altar, desde que, arrojando el traje seglar, vistió el sagrado ropaje eclesiástico, símbolo de la vestidura de justicia de que se cubrió su alma en su ordenación. Todos sois testigos de la gravedad en su porte y en su traje; todos sabéis la asiduidad con que se aplica al estudio,